

Lo difícil que es amar a los enemigos

Sabemos que los vínculos entre las personas son «complejos» y que las diferencias de visiones, intereses y posicionamientos en juego y -fundamentalmente- la cuestión del poder han jugado un rol central en enfrentarnos unos a otros, y considerarnos «enemigos».

En esta nota hemos puesto una irónica reflexión de Walt Kelly («hemos conocido al enemigo, y somos nosotros») infiriendo que nosotros «*somos parte del problema*», pero es difícil reconocerlo así como poder practicar el mandato de Jesús de «amar al enemigo» (ver imagen de la entrada). Ello conlleva un salto evolutivo en la conciencia que -todo indica- estamos lejos de haber dado.

Cuando reflexionamos sobre la construcción de la paz, hicimos referencia -entre otras- a la experiencia de “Leaders for Peace”, nacida en Rondine, Ciudad de la Paz. Entre sus propuestas está la de no utilizar o eliminar la palabra «enemigo», dado que ello insta a la violencia y a eliminar «al otro». La palabra «adversario» o similares, nos abren una puerta a el diálogo, a la tolerancia y -en todo caso- a la acción «no violenta» como planteó Ghandi. Los seres humanos tenemos cada vez más poder, para bien o para mal, y si no canalizamos nuestra energía de manera positiva terminaremos de manera apocalíptica.

En general, en nuestros vínculos, tratemos de construir *una base* de amistad, y en las relaciones sociales y políticas (al interior de los países y a nivel internacional) ojalá podamos de generar una «amistad cívica». Ello nos puede conducir a un mundo mejor.